

SELECCIÓN DE TEXTOS. GENERACIÓN DEL 98

Muchas veces, cuando yo volvía a casa, una hora, media hora después de haber cenado todos, se me amonestaba porque volvía tarde. Ya creo haber dicho en otra parte que en los pueblos sobran las horas, que hay en ellos ratos interminables en que no se sabe qué hacer, y que, sin embargo, siempre es tarde.

¿Por qué es tarde? ¿Para qué es tarde? ¿Qué empresa vamos a realizar que exige de nosotros tanta rigurosa contabilidad de los minutos? ¿Qué destino secreto pesa sobre nosotros que nos hace desgranar uno a uno los instantes en estos pueblos estáticos y grises? Yo no lo sé; pero yo os digo que esta idea de que siempre es tarde es la idea fundamental de mi vida; no sonriáis. Y si miro hacia atrás, veo que a ella le debo esta ansia inexplicable, este apresuramiento por algo que no conozco, esta febrilidad, este desasosiego, esta preocupación tremenda y abrumadora por el interminable sucederse de las cosas a través de los tiempos.

He de decirlo, aunque no he pasado por este mal: ¿sabéis lo que es maltratar a un niño? Yo quiero que huyáis de estos actos como de una tentación ominosa. Cuando hacéis con la violencia derramar las primaras lágrimas de un niño, ya habéis puesto en su espíritu la ira, la tristeza, la ira, la venganza, la hipocresía... Y entonces, con estos llantos, con estas explosiones dolorosas de sollozos y gemidos, desaparece para siempre la visión riente e ingenua de la vida, y se disuelve, poco a poco, inexorablemente, aquella secreta e inefable comunidad espiritual que debe haber entre los que nos han puesto en el mundo y nosotros, los que venimos a continuar, amorosamente, sus personas y sus ideas.

Confesiones de un pequeño filósofo, Azorín

Azorín, a raíz de la muerte de Justina, abandonó el pueblo y vino a Madrid. En Madrid, su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias [...]. Azorín, en el fondo, no cree en nada, ni estima acaso más que tres o cuatro personas entre las innumerables que ha tratado. Lo que le inspira más repugnancia es la frivolidad, la inconsistencia, la indiferencia de los hombres de letras. Tal vez este sea un mal que la política ha creado y fomentado en la literatura. No hay cosa más abyecta que un político; un político es un hombre que se muere mecánicamente, que pronuncia inconscientemente discursos, que hace promesas sin saber que las hace, que estrecha manos de personas a quienes no conoce, que sonríe siempre con una estúpida sonrisa automática... Esta sonrisa, Azorín la juzga emblema de la idiotéz política. Y esa sonrisa es la que ha encontrado también en la política y en la literatura.

Su espíritu anda ávido y perplejo de una parte a otra; no tiene plan de vida; no es capaz del esfuerzo sostenido; mariposea en torno a todas las ideas; trata de gustar todas las sensaciones. Así en perpetuo tejer y destejer, en perdurables y estériles amargos, la vida corre inexorable sin dejar más que una fugitiva estela de gestos, gritos, indignaciones, paradojas...

La voluntad, Azorín

Entre los mendigos, un gran número lo formaban los ciegos; había lisiados, cojos, mancos; unos hieráticos, silenciosos y graves; otros movedizos. Se mezclaban las anguarinas pardas con las americanas raídas y las blusas sucias. Algunos andrajosos llevaban a la espalda sacos negros; otros, enormes cachiporras en la mano; un negrazo, con la cara tatuada a rayas profundas, esclavo, sin duda, en otra época, envuelto en harapos, se apoyaba en la pared con indiferencia digna, por entre hombres y mujeres correteaban los chiquillos descalzos y los perros escualidos; y todo aquel montón de mendigos, revuelto, agitado, palpitante no paraba de bullir.

-Vamos-dijo Roberto-, no está aquí ninguna de las que busco. ¿Te has fijado?-añadió. ¡Qué pocas caras humanas hay entre los hombres! En estos miserables no se lee más que la suspicacia, la ruindad, la mala intención, como en los ricos no se advierte más que la solemnidad, la gravedad, la pedantería. Es curioso, ¿verdad? Todos los gatos tienen cara de gatos, todos los bueyes tienen cara de bueyes; en cambio, la mayoría de los hombres no tienen cara de hombres.

Salieron del patio Roberto y Manuel. Se sentaron al otro lado de la carretera, en unos desmontes arenosos.

-A ti te chocarán -dijo Roberto, estas maniobras mías; pero no te extrañarán cuando te diga que busco aquí dos mujeres; una pobre, que puede hacerme rico; otra rica, que quizá me hiciera pobre.

Manuel contempló a Roberto con asombro. Tenía siempre la sospecha de que la cabeza del estudiante no andaba bien.

-No, no creas que es una tontería; voy corriendo detrás de una fortuna, pero de una fortuna enorme; si tú me ayudas, me acordaré de ti.

-Bueno, y ¿qué quiere usted que yo haga?

-Te lo diré cuando llegue el momento. Hazme caso, porque es verdad. Si quieres hacer algo en la vida, no creas en la palabra imposible. Nada hay imposible para una voluntad enérgica. Si tratas de disparar una flecha, apunta muy alto, lo más alto que puedas; cuanto más alto apuntas, más lejos irá.

La Busca, Pío Baroja

Dos años después, en una alcoba blanca, cerca de la cuna de un niño recién nacido, Fernando Ossorio pensaba. En una cama de madera grande, que se veía en el fondo del cuarto, Dolores descansaba con los ojos entreabiertos, el cabello en desorden que caía a los lados de su cara pálida, mientras erraba una lánguida sonrisa en sus labios.

Recordaba su vida, la indignación que le ocasionó la carta irónica de Laura, en la cual le felicitaba por su cambio de existencia; sus deseos y veleidades, por volver a la corte, lamentable la costumbre adquirida de vivir en el campo, el amor a la tierra, la aparición enérgica del deseo de poseer y poco a poco la reintegración vigorosa de todos los instintos, naturales, salvajes. Y como coronando su fortaleza, el niño aquel sonrosado, fuerte, que dormía en la cuna con los ojos cerrados, como un pequeño luchador preparado para la pelea. Estaba robustamente constituido, así había dicho su abuelo el médico; así debía ser, pensaba Fernando. Él estaba purificado por el trabajo y la vida del campo. Entonces más que nunca sentía una ternura que se desbordaba en su pecho por Dolores, a quien debía su salud y la prolongación de su vida en la de su hijo. Y pensaba que había de tener cuidado con él, apartándole de ideas turbadoras, téticas, del arte y la religión.

Él ya no podía arrojar de su alma por completo aquella tendencia mística por lo desconocido y lo sobrenatural, ni aquel culto y atracción por la belleza de la forma, pero esperaba sentirse fuerte y abandonarlas en su hijo. Él le dejaría vivir en el seno de la naturaleza; él le dejaría saborear el jugo del placer y de la fuerza en la ubre repleta de la vida, la vida que para su hijo no tendría misterios dolorosos, sino serenidades inefables. Él le apartaría de ser un átomo de la materia triste, de la masa de eunucos de nuestros miserables días. Y mientras Fernando pensaba, la madre de Dolores, cosía en la faja que había de poner al niño una hoja doblada del Evangelio.

Camino de perfección, Pío Baroja

-¿Has insinuado la idea de matarme? ¿Matarme?, ¿a mí?, ¿tú? ¡Morir yo a manos de una de mis criaturas! No tolero más. Y para castigar tu osadía y esas doctrinas disolventes, anárquicas, con que te me has venido, resuelvo y fallo que te mueras. En cuanto llegues a tu casa, te morirás. ¡Te morirás, te lo digo, te morirás!

-Pero, ¡por Dios! ... -exclamó Augusto, ya suplicante y de miedo tembloroso y pálido.

-No hay Dios que valga. ¡Te morirás!

-Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...

-¿No pensabas matarte?

-Oh, si es por eso, yo le juro, señor de Unamuno, que no me mataré; que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; yo se lo juro... Ahora que quiere usted matarme quiero yo vivir, vivir, vivir...

-No puede ser ya, no puede ser...

-Quiero vivir, vivir... y ser yo, yo, yo...

-Pero si tú no eres sino lo que yo quiera.

-¡Quiero ser yo, ser yo!, ¡quiero vivir! Mire usted, don Miguel, por sus hijos, por su mujer, por lo que más quiera... Mire que usted no será usted... que se morirá.

Cayó en mis pies de hinojos, suplicante y exclamando:

-Don Miguel, ¡por Dios, quiero vivir, quiero ser yo!

-No puede ser, pobre Augusto -le dije cogiéndole una mano y levantándole-, ¡no puede ser! Lo tengo ya escrito y es irrevocable, no puedes vivir más. No sé qué hacer ya de ti. Dios, cuando no sabe qué hacer con nosotros, nos mata.

-¿Con que no, eh? -me dijo-. No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿con que no lo quiere?, ¿con que he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, ¡también usted se morirá y se volverá a la nada de que salió!... ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia; todos, todos, todos, sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, nivolesco lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, no es usted más que otro ente nivolesco y entes nivolescos sus lectores.

Este supremo esfuerzo de pasión de vida, de ansia de inmortalidad, le dejó extenuado al pobre Augusto. Y le empujé a la puerta, por la que salió cabizbajo. Luego se tanteó como si dudase ya de su propia existencia. Yo me enjugué una lágrima furtiva.

Niebla, Unamuno